

CONTRACORRIENTE

Carlos Cabrera

Nunca más entrar ahí, jamás acercarse a su casa, evitar su encuentro siempre. Repetir una y otra vez hasta hacerlo real que no existe, nunca nació que es la peor, la más completa y total de las formas de la muerte... ¡Mierda, eso es lo que es, un mierda!... Pero no, no odiarlo siquiera, no nació siquiera. Que eso no se te olvide nunca, ¡nunca!...

Zalamero, obsequioso, ambiguo en suma, siempre vendrá a ti pero tú harás como que no le ves mientras te repites una vez y otra y otra más que no nació siquiera. Entonces él persistirá, te buscará, hará por encontrarse contigo a la salida del trabajo y luego también a la vuelta y te tocará ligero el hombro o fingirá que su cuerpo él solito ¡uy que torpe! se te echa encima. Hablará siempre de encuentros fortuitos ¡oh qué casualidad! pero tú impertérrito que se vaya a la mierda: tú eres sordo y ciego y mudo para él, él no existe ¿y desde cuándo un hombre cuerdo sostiene conversaciones con el viento, di?...

Sí, te conoces, sabes que te costará lo tuyo no dejarte llevar por el furor y agredirlo: lo odias, lo desprecias, de verdad te está volviendo loco, lo sueñas todas las noches por más que te esfuerzas por más que te repites que no existe ese asqueroso jamás llegó a nacer siquiera que es la peor la más completa y total de las formas de la muerte y eso tú lo sabes de sobra lo tienes anotado en tu libreta lo repites textualmente cada noche como el *Ángel de mi guarda dulce compañía* para que te sirva de exorcismo y en las paredes de tu cuarto garabateaste la máxima *Constantino no existe* pero aun cuando no lo quieras reconocer algo en ti (alguien en ti) lo confiesa dime si no qué rostro nocturno te visita hincan su sonrisa en tus ojos aproxima a los tuyos sus labios carnosos quizá queriendo (¿no lo sientes tú así, di?) darte al fin el beso aquel que rechazaste ¿recuerdas? lo golpeaste repentino y violento a Constantino atónito y desarmado como quedaste ante su inesperado gesto de ternura o quién diablos sabe el pánico que sentiste los *pálidos preceptos de niebla* metidos ahí de por medio y la hostia bendita dios dios olvidarlo todo cómo echaste a correr y te metiste en el primer bar que encontraste abierto y bebiste hasta las tantas y esa noche ya no dormiste qué sentiste di qué fue lo que sentiste que te sacudió la osamenta como si hubieras visto al mismísimo Lucifer qué nuevo tú vislumbraste agazapado ahí en tus entrañas aquella noche...

Sensuales, carnosos, prohibida roja manzana desprendida del verde árbol de su cuerpo gravitan sobre mí amenaza

nocturna, penetran en mi pieza, multiplican su inquietante silueta las manchas de humedad en las paredes, las sombras ambiguas que retozan en los rincones que diviso desde el lecho cierra los ojos duérmeme duérmeme me digo repito y cubro mi cabeza con la almohada doy manotazos en el aire: se acercan a mi cara, buscan el gemelo abrazo de tu boca me retuerzo grito enciendo la lámpara te duelen los ojos respiras con dificultad te entregas abandonas tu boca a su cálido contacto salivoso...

Sonambúlico, estragado por el insomnio llego al cuarto de baño lavarme despejarte la cabeza (¿sueño o no fue sueño?) que el agua lave y lleve la mancuerna que exprimió tu sueño la calma en tu pecho durante la noche que el agua te vuelva al día y a su luz: pero entonces también aquí ahora ante el espejo su sola imagen te hiere gritas se me van los labios se me van tras los labios del sueño y repito él no existe no ha llegado a nacer siquiera ante mí el ávido círculo carnoso de sus labios que magnetiza los tuyos los atrae los succiona irresistible se acoplan locamente y tú golpeas violento el rostro en el espejo saltan agujas azogadas se hincan en tu carne que sangra histérico te carcajeas gritas muérete muérete muérete y ves los múltiples fragmentos del espejo esparcidos por el suelo del baño y en cada fragmento sus labios inquietantes...

No, no puedes evitarlo, lo comprendiste quizá aquella mañana ante el espejo y desde entonces no has cesado, lo persigues tenaz de su casa al trabajo lo acechas furtivo tras las esquinas de bar en bar sigues sus pasos fiel a sus huellas en las largas noches de insomnio dejas el lecho sales de tu casa penetras en su patio protegido por las sombras agazapado como fiero animal lo observas (¿y si lo matas si llegaras a atreverte a hacerlo?...) te recreas desconcertado y odiándote en la contemplación de su joven cuerpo mientras te repites, jamás me acercaré a su casa, nunca entraré en ella, evitaré su encuentro siempre. Repetiré una y otra vez hasta hacerlo real que no existo, nunca nació que es la peor, la más completa y total de las formas de la muerte... ☒

Carlos Enrique Cabrera. Dominicano, escritor, profesor universitario y promotor cultural. Estudió Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid y desde 1994 se desempeña como profesor del Área de Humanidades del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC). En 2002 fundó la revista de letras, artes y pensamiento, *Caudal*, que bajo su dirección lleva ya 25 números publicados. Mantiene en "La Comunidad" del diario madrileño *El País* el blog "Conjurios". Ensayos y cuentos suyos han aparecido en diversos medios nacionales y son de su autoría, entre otros, los libros *Reflexiones de bolsillo* (2002) y *Conjurios*, conjunto de microcuentos de próxima aparición.